Epoca IV

Barcelona 16 de febrero de 1916

Número 292

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.°

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

La igualdad ante la ley

Se halla detenido en su domicilio, por orden judicial, el ex senador don Juan Ferrer y Vidal.

La causa de la detención obedece a conceptos vertidos en un mitin pro subsistencias celebrado en la Casa del Pueblo.

Lástima que la prensa diaria, de la que hemos tomado la noticia que nos sirve de lema, no haya publicado a continuación otra concebida poco más o menos en los siguientes términos:

A altas horas de la noche, han sido arrancados de sus domicilios, en los que se hallaban descansando del rudo trabajo del día anterior, varios obreros a los que seguramente no se les podrá probar otro delito, que el de haber contribuído, desde que tenían 12 años de edad, al enriquecimiento del patrimonio universal, del que han sido injustamente despojados, por los ascendientes y tal vez por los mismos que ordenaron su prisión. Fuertemente amarrados y custodiados por la guardia civil fueron conducidos en el coche celular a la cárcel modelo, donde ocuparon las peores celdas, para cuyo objeto habían sido desocupadas previamente por los quincenarios que las ocupaban.

Y nosotros nos hubiéramos limitado a poner como coletilla a las dos noticias:

Esta es la justicia que mandan hacer.

No nos ha indignado esta noticia. La irritante desigualdad nos tiene tan acostumbrados a presenciar cosas de esta índole, que nos quedamos asombrados, cuando en cierta ocasión un gobernador conservador se atrevió a hacer llevar a la cárcel a algunos burgueses.

Pero es preciso que los trabajadores, precisamente en estos días en que centenares de obreros han sido encarcelados sin haber cometido ningún delito o acusados de la leve falta de coacción, se den cuenta de que mientras a ellos se les trata así, a un individuo que tal vez no posee más títulos que su dinero, se le detiene y se le deja en su domicilio, a pesar de que el delito por el que se le procesa está penado con ocho años de presidio.

Cuando tan descaradamente se pone en evidencia como la *balanza de la ley* se inclina al lado de los satisfechos de la vida, ¿con qué derecho puede exigirse a los obreros respeto a la autoridad, a la ley, ni siquiera a los encargados de aplicarla?

Y no es este caso sólo. Continuamente ocurren cosas idénticas. Recordamos que en una ocasión, en vista de que los automóviles se habían convertido en guillotinas que cortaban miembros a diestro y siniestro, se reunieron los jueces y acordaron ser severos con los atropellos automovilistas, negando la libertad provisional a los causantes de los mismos, pero... creemos que duró cuarenta días la severidad, y la blandura se impuso.

Claro está que no cabe confundir el automóvil, al que un día llamó Lerroux «odioso vehículo de la burguesía», con el modesto carro de industria.

La igualdad ante la ley es, pues, una solemne mentira más o menos democrática. Las cárceles y presidios están llenas más que de delincuentes de pobres. Los privilegiados, los ricos van a estos sitios cuando han dejado de serlo, cuando por haberlos abandonado sus familias pertenecen al montón.

A pesar de que los tribunales de justicia revisten sus funciones de una aparatosidad que *impone* a la gente de pequeños pueblos, la gente que piensa sabe que detrás de todo el aparato sólo hay órdenes superiores y ascensos *por servicios prestados* y que debajo de la toga del magistrado está el hombre con su carácter, con sus debilidades y hasta con sus necesidades.

Cuando vemos con qué facilidad se encarcela a obreros por el solo delito de haber dado en *la funesta manía de pensar* y cómo se le da por cárcel su domicilio a un individuo que ni siquiera ostenta en la actualidad cargo oficial, se nos viene a la memoria el final de un artículo del abogado Barriobero, que dice: «Justicia es, lo que de cinco hombres quieren tres».

PARADOJAS POLITICAS

¿LOS PUEBLOS IRREDENTOS?

¿Que hemos escrito mucho contra la guerra? Verdad es. Mas no importa ello para que continuemos hablando de lo mismo en tanto los campos se rieguen con sangre y las naciones se pueblen de inválidos.

Hoy, no precisamente vamos a hablar de la monstruosa guerra que aniquila la Europa destruyendo la flor y nata de las juventudes obreras; hoy hablaremos de las palabras puestas en moda por los gobiernos de las naciones en lucha para hacer simpática la matanza ante los ojos del pueblo.

Sabido es que todos los Estados cuentan con una numerosa corte de filósofos, literatos, poetas y periodistas que, a cambio de una adulación estúpida y fingida, les chupan el dinero que incautamente les entrega la nación.

A cambio de ese dinero, los literatos y poetas inventan frases que con el tiempo llegan a ser una moda.

Por eso las palabras, como los vestidos, tienen sus épocas.

Suponemos habréis seguido paso a paso las informaciones hechas por la prensa burguesa sobre la horrenda matanza, llamada con gran cinismo guerra de liberación. Si habéis, pues, conservado algún recuerdo de vuestras lecturas, seguros estamos de que, como nosotros, opinaréis en lo referente a las frases de moda nacidas a consecuencia de la carnicería actual. Recordemos algunas de las citadas frases:

«Ciudadanos—decían los gobiernos de los países en lucha a sus pueblos respectivos antes de comenzar la guerra—, la patria, la libertad y el progreso están en peligro; es, pues, necesario defender esta patria, que es nuestra madre, lo mismo que a sus hijos libertad y progreso. Hay que luchar hasta aniquilar al enemigo, de lo contrario seremos esclavizados por él. ¡Viva la patria!»

Estas palabras, coreadas por la prensa chantagista, deslumbraron al pueblo y éste siguió por el camino que la burguesía le trazó, sin comprender que aquella *route* le conducía al abismo, a la muerte. Caminos llenos de espinas y montañas escarpadas escaló el obrero de Europa, dirigido por los jefes del Estado. ¿Pero por qué y para qué hizo tan grandes esfuerzos y sacrificios?

Sencillamente, para engrandecer una patria y dar más potencia al capital.

Francia comenzó la lucha con objeto de liberar a los habitantes de la Alsacia y Lorena, aun cuando se diga lo contrario; Italia, traicionando a *su aliada Austria*, intervino en la matanza so pretexto de liberar a Trieste y el Trentino. Para ello hizo uso, como las demás naciones, de las frases de moda un poco más perfeccionadas: véamoslo: «Al otro lado de nuestra frontera, por la parte de Austria, existe un pueblo irredento que, con los brazos abiertos, espera vayamos a liberarlo.»

Lo raro del caso es que Trieste y el Trentino nunca soñaron con pedir a Italia el sacrificio que hoy realiza. Lo que sucede aquí es que el Trentino, hace unos cincuenta años, pagaba sus tributos a los italianos y actualmente los paga a Austria. Claro está, que de conseguir Italia anexionarse Trieste, después de que la paz se haga, pagará sus contribuciones a Roma, lo mismo que ahora las paga a la otra nación. Como es de suponer, el dinero gastado hoy para conseguir la liberación de esos pueblos, lo recuperarán más tarde mediante una contribución de guerra.

Pero vengamos a cuentas: ¿qué diablos de manera de liberar los pueblos es esa, en la cual los libertadores los bombardean constantemente, matándolos a centenares?

Mas, concretemos.

¿Es que acaso los obreros franceses se creen libres, para querer ir a liberar a los alsacianos? ¿Es que los italianos son verdaderamente libres para querer liberar el Trentino? ¿Es que los españoles, por ejemplo, hemos sabido romper las cadenas de la esclavitud, para querer ir a destrozar las que a nuestros hermanos de Gibraltar oprimen? ¿Es acaso irreal, que todos los pueblos enunciados no sufren y se adaptan a la misma sumisión impuesta por esta o por aquella nación?

Sabido es que a algunos anarquistas no nos entusiasman las frases de moda ni nos convencen los razonamientos de Francia, ni de Rusia. ni de Alemania, ni de Inglaterra, ni de Austria-Hungría, ni de Serbia, ni de Montenegro, ni de Bélgica. La verdad únicamente podría convencernos, los romances nunca. ¡A qué nos vienen hablando de liberación y otras zarandajas, cuando todas las pruebas presentadas y palabras empleadas nos demuestran que la guerra se hizo por razones de egoismo!

Es, pues, una mentira escandalosa querer hacer creer a un pueblo que la guerra se hace para liberar a otro pueblo. Todos los pueblos son irredentos hoy; ninguno es libre en la verdadera acepción de la palabra; por tanto, después de la guerra, seguirán en el mismo estado, es decir, siendo esclavos como ahora. La guerra capitalista no puede traer libertad, sino esclavitud, ruina y miseria. Los pueblos, si quieren ser libres, han de saber librarse a sí mismos; mas para ello será necesario que combatan al Estado y los Estados; a burgueses y militares; lo contrario es soñar y mirar a la luna.

Luchemos, pues, contra lo que decimos y no hagamos caso de las frases de moda que, como los vestidos, salen cuando las estaciones o climas son favorables para llevarlos.

NICOLÁS GUALLARTE

Concretemos y acabemos

Los anarquistas que, de manera más o menos platónica, son partidarios de la intervención en la guerra actual, siguen fomentando la confusión en nuestro campo, con un tesón que resultaría muy provechoso si se aplicara a mejor fin. Están quintaesenciando el sofisma, sutilizando la capciosidad, prestidigitando los más claros conceptos. Hacen sorprendentes equilibrios de dialéctica, y juegan con las palabras como con los naipes. Hasta pierden el tiempo y el espacio en precisar si es este o aquel el calificativo que les cuadra.

Además, antes se defendían, trataban de justificarse. Ahora nos atacan, nos acusan, nos injurian, a los que no les seguimos en su novísima retorsión.

Por esto, y porque no nos importa, ni puede importarnos en primer lugar, el puntualizar matemáticamente *cómo* debamos calificarles, sino el evidenciar si están equivocados o no, quiero continuar colaborando en la evitación de que se confundan las ideas más puras e inconfundibles; quiero hacer lo posible por concluir, o por lo menos encauzar y elevar una discusión, ya degenerada en disputa, y desviada, casi desde el comienzo, de su cauce natural.

Para ello, me propongo argumentar el presente artículo con preguntas, sólo con preguntas, que espero contestarán categóricamente, mejor aún, monosilábicamente, los anarquistas patrocinadores de que otros vayan a guerrear. Como las preguntas son muy concretas, creo que de modo concreto podrán y deberán ser contestadas.

¿Puede haber para un anarquista diferencias *esenciales* entre unos y otros gobiernos, entre unas y otras guerras? Las guerras de estados contra estados, ¿pueden ser otra cosa que guerras de dominación, de conquista, de revancha, de competencias mercantiles?

En cualquier guerra, de la victoria de los estados más liberales, ¿puede sacarse en forma alguna la abolición de la propiedad, de la autoridad y de la religión?

Por el único hecho de que algunos anarquistas se alisten en determinado ejército, ¿cambia la índole y la finalidad de la guerra? ¿Trata, por ventura, uno solo de los que mandan, desde ese peregrino momento, de encaminar la contienda hacia la instauración de una libre sociedad nueva, o se trata por todos, contraria y *simplemente*, de conservar la viejísima sociedad del privilegio? Si un anarquista se trasmuta por rara hechicería en soldado voluntario, ¿desaparece, o siquiera se modifica, la mezquina y rencorosa concepción de patria? La cruel y oprobiosa disciplina militar, ¿deja de ser lo que siempre ha sido? ¿Es admisible que un anarquista, sin dejar de serlo, pueda supeditarse de grado, por nadie ni por nada, a tal disciplina?

Las pretendidas libertades de ciertos estados, ¿pueden ser para un anarquista cosa medular o *simples* distinciones cutáneas? Todas las facetas y tonalidades, todos los órdenes en el detalle, ¿pueden bastar a un anarquista para rectificar sus principios fundamentales y su conducta?

Los que nos llaman simplistas, ¿no demuestran con ello haberse adornado por sí mismos con la toga de catedráticos? ¿Y no ven que la mayor simplicidad está en no ahondar hasta la entraña unisustancial de todos los estados, dejándose fascinar por los matices externos, por los altos y bajos de las cortezas estatales, por los relumbrones aparatos del barniz liberalesco? ¿No se percatan del gran parecido que tienen con la simplicísima mona de la fábula?

¿Ha de llegarse a la sociedad anarquista, *a través* del Estado o *en contra* del Estado? ¿Ayudando a los gobiernos en circunstancias tenidas por especiales, o ayudándolos siempre? ¿Cómo se debilita el funestísimo principio de autoridad, dándole fuerza en unas manos, con el pretexto de impedir que prevalezca en otras más tiránicas, o atacándole sin cesar, sean cuales fueren las manos en que se encuentre? ¿Es lógico acometer a la opresión en su grado cien, y auxiliarla en su grado noventa, para vigorizarla y hacerla subir a la centena, o acaso más arriba? ¿No es esto el obcecado tejer y destejer de los rutinarios, de los superficiales, de los simples? ¿Se pretende sentar la chistosísima teoría de que, para acabar con los venenos que no matan sumarísimamente, pero que matan al fin, lo atinado es darse un atracón de ellos?

El anarquismo, ¿es una secta política, sujeta a circunstancias, a pormenores, a sentimentalismos, a convencionalismos, a modas, a efervescencias, a interpretaciones y posturas de algunos de sus militantes; o es un todo filosófico, cimentado en verdades eternas, en nociones perfectamente analizadas, en esencias cabalmente definidas, en inicios celulares sólidamente inmutables? Las más horrendas carnicerías producidas por los ejércitos, los más extensos trastornos nacionales, las mayores catástrofes de las superficies gubernativas, ¿pueden afectar en algo al fondo perennal del Ideal anarquista? Las sucesivas y fatales evoluciones de la vida y del progreso, que todo el mundo acepta y que los anarquistas procuramos acelerar, ¿tienen algo que ver con la matriz axiomática de la Anarquía? Las variantes en los temperamentos, en la táctica, en la visualidad, en las modalidades exprexivas de unos y otros camaradas, de unos y otros periódicos, cosas que todos consideramos necesarias y convenientes, ¿pueden confundirse en nada con los elementos integradores del foco irreformable de que emanan todas esas variantes?

La guerra actual, ¿es por milagrosa excepción una guerra entre pueblos, o es, como todas las demás, una guerra entre gobiernos? ¿Hay un solo pueblo que haya ido a la guerra por su espontáneo gusto, y no forzadamente? Venza quien venciere, ¿qué transcendencia *honda* puede haber en un choque, en el cual todos los pueblos intervienen a la fuerza y sin saber por qué?

Las muy ceñidas y parcas libertades que *se gozan* en algunas naciones, ¿son debidas a la gracia gubernamental, o a la presión, a la rebeldía, a la cultura de los pueblos? ¿Se cambian medularmente los pueblos por la sola eventualidad de que cambien sus gobiernos? Aunque los ejércitos francés, inglés, italiano y belga fuesen derrotados por los ejércitos alemán, austriaco y turco, los pueblos francés, inglés, italiano y belga, ¿trocarían sus redaños constitutivos y dejarían de ser de súbito lo que son, tan sólo porque sus gobernantes y sus banderas fuesen alemanes, austriacos y turcos? ¿No es lo más razonable suponer que un pueblo digno y rebelde, lo será tanto más cuanto más despóticos sean los gobiernos que le opriman? ¿Es posible que se acostumbre al absolutismo un pueblo acostumbrado a la libertad parcial? ¿Se pueden involucrar fenómenos tan dispares como son, la mudanza de poderes gubernativos y de fronteras arbitrarias, y la transustanciación radical de un pueblo? ¿No puede decirse que el primer fenómeno es ligeramente físico, mientras que el segundo es íntimamente químico? Confundir los fenómenos físicos y los químicos, ¿no ha sido siempre un colmo de *simplicismo*, de precipitación y de ligereza, a lo menos? Por mucho que se muden y agiten el suelo y el subsuelo de la Tierra, ¿es posible, ni siquiera imaginable, que se llegue a trasmutar un solo átomo de su corazón?

Ninguna persona que analize y piense, y menos un anarquista, ¿puede confundir una guerra con una revolución? ¿Hace falta cavilar y estudiar mucho, para comprender que puede verterse mucha, muchísima sangre, la de toda Europa, la de la Humanidad entera, sin que por ello se revolucione nada y, que, en cambio, es factible producir una revolución intensa, derramando muy poca o ninguna sangre? La guillotina, con ser muy sangrienta, ¿ha sido tan revolucionaria, ni muchísimo menos, como los incruentos libros de Voltaire, Volney, Diderot, Rousseau, Hugo, Reclus, Zola y otros? ¿Cabe que un anarquista confunda la extensión con la profundidad?

¿No hemos tenido siempre *todos* los anarquistas por un axioma, que la base indispensable de *toda* libertad es la santa, la santísima autonomía individual? ¿No va contra esa autonomía *todo* lo que sea imposición, regimentación, uniformación, centralismo, nacionalismo y conservatismo de cualquier color y categoría? ¿No es *todo* esto lo que integra a *todos* los ejércitos, lo que constituye *todos* los estados, lo que se debate en *todas* las guerras? ¿Qué dosis de autonomía queda en un anarquista que se mete por su gusto a soldado? ¿Qué libertad puede defender quien comienza por anular la suya? ¿Cómo puede ser autónomo el que se entrega voluntariamente a la más incondicional obediencia?

¿Se deriva la libertad, de la independencia de los individuos, o de las *concesiones* de los poderes estatales? La misión *única* de *todo* estado, ¿no es ya, cual lo fué siempre, reprimir, contener, castrar, violentar, exprimir, matar las individualidades? ¿El individuo y el Estado dejaron de ser, por decreto providencial, enemigos irreconciliables? ¿Hay Estado alguno que tienda a otra cosa que a su propia conservación y defensa?

Estando aún los anarquistas, sindicalistas y socialistas en minoría, y siendo los mejores y más decididos defensores de la Libertad, ¿quién la defenderá después, si ellos sacrifican sus vidas en la guerra de unos estados contra otros? ¿No sería de peores consecuencias la muerte de un regular número de revolucionarios, que el triunfo de Alemania y sus aliadas? ¿Estoy en un error al creer que la vida de un buen revolucionario es algo muy precioso, y a la Humanidad muy necesario, que por lo mismo no debe perderse en luchas de relatividades, de configuraciones externas, de cambios formalistas? ¿Hay alguna proporción racional, entre lo que un anarquista expone y lo que puede ganar, al trocarse en guerreador espontáneo? ¿Puede descender de su pináculo un anarquista verdadero, para mezclarse en asuntos que no vayan directa e indudablemente contra la autoridad, la propiedad y la religión? ¿Por qué tanta valentía y tozudez en defender las minucias del liberalismo nacional *al lado del Estado*, y tan pocas, para hacer la defensa de la libertad plena, *en frente* del Estado? ¿No es más lógico, más anarquista, más consecuente, más *realmente* hondo, arriesgarse por el todo que por las migajas? Las más acendradas simpatías que inspire un Estado, en parangón con otro, ¿pueden sugestionar a un anarquista, hasta el extremo contradictorio de revertirle en auxiliar activo del Estado simpático?

No quiero interrogar más, ni formar mi opinión definitiva, en esta grave cuestión,